

Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

CATALINA MICHELON.

Continuacion.

La acogida galante de este hombre animó á Juana, que se sonrió á su vez y preguntó llevando su dedo pequeño á la caja lo que significaban aquellas dos letras E. P. y el casco dorado que habia encima de ellas.

—Son las iniciales de mi amo el caballero Eduardo de Pornnenage.

Que vive en la calle de la Universidad? preguntó Juana como si realmente hubiera conocido á alguno de este nombre en dicha calle.

—No tal, en el arrabal Saint-Honoré.

En este momento volvió el caballero llevando pintado en su rostro el despecho; sin reparar en Juana se lanzó en su carruaje, dió rápidamente al cochero una orden que no pudo oír la joven y murmuró hundiéndose en los cogines: «Yo me vengaré de esta ridícula gazmoñería.» El tilbury partió y desapareció, mientras que Juana iba á contar á Catalina el resultado de sus observaciones de aquel día.

Catalina pareció un poco tranquila.

—Gracias, hija mia, gracias; Dios te bendiga porque es una obra buena y noble la que te he confiado..... dame lo necesario para escribir.

Juana le alargó un tintero y papel, y la vieja escribió dos billetes que cerró con cuidado.—Juana, le dijo, irás á la calle del Enfer; buscarás el número 27, este es el de la casa cuyo jardín tiene vistas al Luxemburgo....Si, hija mia, prepárate á llenar con destreza la importante comision que voy á confiarte. Toma esa caja de carton que se halla sobre mi cómoda y coloca en ella algunos bordados que tengo guardados en uno de sus cajones.

Ahora escucha bien lo que voy á decirte. Te presentarás atrevidamente como una modista encargada de llevar bordados á la señora de Orbesson, é insistirás por entregárselos tú misma, pretestando la necesidad de pedirle algunas esplicaciones sobre la manera de ejecutar los bordados que ella ha encargado. Cuando te veas en su presencia, si se halla con ella alguna persona estraña te contentarás con dejar en el fondo

de la caja esta carta colocándola de modo que llame desde luego la atencion de la señora de Orbesson. Si la hallas sola entonces se la entregarás en propia mano, y te retirarás inmediatamente.

—Basta, señora Catalina, sereis obedecida puntualmente, respondió Juana, á quien su papel de personaje misterioso gustaba mucho, no quedareis menos contenta de mi habilidad, como lo habeis estado hasta aqui. En seguida se colocó delante de un espejo, dió en algunos instantes un aire de mas coqueteria á su adorno, tomó la caja de carton y salió tomando el continente y la fisonomía de la mas linda y de la mas pispireta modista que ha podido imaginarse.

III

Cuando Juana, con su caja de carton debajo del brazo, se presentó en la casa de la calle de Enfer, el ayuda de cámara que vino á abrirle no pudo menos de sonreirse y se sintió dispuesto en favor de la linda y pizpireta modista supuesta. Imposible era reunir á un semblante fresco y sonrosado, mas malicia ni mas candor. Así que no solo no opuso dificultad ninguna en pasar á su ama el recado que le dió Juana, sino que se apresuró á anunciar á madama Orbesson la llegada de la falsa modista. Despues de esperar algunos minutos, fué introducida en una salita donde se hallaba la persona que Juana habia visto en el jardin. Estaba sola: Juana dejó la caja de carton sobre la alfombra y presentó la carta de Catalina á madama de Orbesson. Al ver esta la letra de la plegadora, lanzó un grito de sorpresa.

—Con que llegais de Flandes? le dijo; es en Brujas donde mi buena y anciana amiga os ha entregado esta carta?

En este momento oyéronse en la pieza inmediata los pasos y la voz de Mr. de Orbesson que daba algunas órdenes.

—Ocultad esa carta, señora, dijo Juana rápidamente y en voz baja; ocultadla, no conviene que la lea ninguna otra persona.

Madama Orbesson miró á Juana estupefacta, obedeció instintivamente y guardó la carta en su seno; se inclinó sobre la caja de carton de la modista y fingió examinar los bordados que contenia. Madama Orbesson se instaló en un sillón.

—Puesto que nada de todo esto os agrada, dijo

Juana sin cortarse y principiando á tomar gusto á su papel, mañana os traeré otros bordados; y terminando esta peroracion con una ligera reverencia, salió llevándose su caja de carton y halló en la antesala al criado que la habia introducido.

—Hasta mañana, le dijo Juana, al salir.

Apenas habia dado algunos pasos, vió pasear en la calle al misterioso jóven cuyo billete causaba tanta inquietud á Catalina. Echó á andar delante de él con una especie de coqueteria seductora y le dirigió al pasar una mirada que llamó la atencion del pisaverde.

—Vaya una muchacha linda, dijo acercándosele, y apuesto á que tiene tanto talento como gracia.

—Tal vez os equivoqueis, replicó Juana con donosa coqueteria.

—Sois demasiado viva para no comprenderme, hermosa niña; estoy seguro que podemos entendernos inmediatamente: os disgustaría cambiar vuestro vestido de percal por otro de seda y de recibir en vuestra casa los bordados en vez de llevarlos á las casas de los demás?

—Cómo habia de disgustarme semejante cambio! respondió Juana riendo: falta saber donde se hallan esas bellas cosas.

—Helas aquí, continuó el jóven presentando una bolsa llena de oro á la jóven.

—Mucho me temo que no me cueste demasiado caro todo eso, interrumpió Juana.

—No reñiremos por el precio. Quereis volver mañana á casa de madama Orbesson?

—Si señor.

—Pues bien, encargaos de entregarle esta carta.

—Con mucho gusto, dijo rechazando la bolsa, esto es demasiado caro.

—En ese caso doblaré la suma.

—Suprimidla enteramente: y yo me encargo de entregar este billete á una persona.... que puedo asegurar que lo espera con impaciencia.

—Sois la criatura mas encantadora y mas amable del mundo! exclamó, pero os suplico que no separeis la bolsa del billete.

—Aguardad á que desempeñe vuestra comision para saber si he llenado bien vuestras intenciones.

—Os daré todo lo que me pidais, si me traeis una respuesta.

Esta carta causará mucha alegría á la que ha de leerla, no es verdad?

—Así lo espero.

—Pues bien, esto solo me basta.

—Mañana, á la misma hora, estaré en el jardin de Luxemburgo, cerca del pabellon, pues no dudo que me llevareis la respuesta.

—Hasta mañana, caballero.

Y desapareció con la ligereza de una corza pero no sin mirar atrás por si el jóven la seguia. Este se alejó sonriéndose.

—La casualidad me ha deparado un agente fiel y astuto, no hay duda. Hablad de intrigas á una modista de París y la vereis temblar y animarse como un caballo al sonido de la trompeta.

He ahí una muchacha á quien esa sola palabra ha bastado para transformar en Figaro.

Mientras se complacia en esta idea y se felicitaba por la útil aliada que acababa de conquistar, Juana subia de cuatro en cuatro los escalones que conducian al zaquizami de Catalina.

—Vuestra carta está entregada, le dijo; madama Orbesson la ha recibido y nadie lo sabe. Estais satisfecha de vuestra ahijada?

Catalina se incorporó en la cama y abrazó tiernamente á Juana.

—Ahora dadme otro abrazo, dijo esta, tomad, mirad lo que os traigo.

—Y arrojó sobre la cama la carta del jóven pisaverde.

—Dios mio! qué significa esto? dijo Catalina cogiendo la carta con sus manos trémulas. No conozco esta letra; además las señas no son para mí, sino para madama Orbesson.

Juana, cuyo rostro animaba la alegría, contó en pocas palabras como habia caído el billete en sus manos. A medida que su relacion avanzaba, la alegría brillaba en el rostro de Catalina.

—Gracias, Dios mio! dijo, gracias! no habeis querido dejarme sin ayuda para salvar á Julieta: me habeis tendido una mano protectora; bendita sea tu misericordia!

En seguida cogiendo á Juana en sus brazos:

—Sí, le dijo, sí, mereces que vuelva á abrazarte, porque acabas de darme los medios de salvarla. Escúchame bien ahora: madama Orbesson no tardará en venir, y es menester que salgas antes que llegue; me dejarás sola hasta la noche.

—Dejaros sola, madrina, enferma como estais, y agitándoos de modo que me haceis temer vuelva á acometeros la fiebre! Quereis que el médico me riña y que mis compañeras digan que os he cuidado mal y que no merecia la confianza que han depositado en mí? Me quedaré en la cocina, nada oiré, pero no os dejaré sola toda una tarde.

Mientras pasaba esta discusion entre Catalina y la jóven enfermera, la puerta se abrió repentinamente y se presentó madama Orbesson. Juana se retiró. Madama Orbesson se arrojó en los brazos de Catalina y le prodigó las mas tiernas caricias.

—Vos aquí, mi fiel y antigua amiga! exclamó: cómo no habeis ido á verme? Porqué este misterio? Porqué estais en cama? os hallais enferma?

Catalina estaba tan conmovida como su interlocutora, pues le cogia las manos, la llenaba de besos y la prodigaba mil caricias.

—Oh! cuánto bien me hace el abrazarte, Julieta, dijo la pobre anciana transportada de alegría. Cuánto tiempo ha transcurrido sin que haya podido abrazarte y estrecharte con la libertad con que ahora lo hago! Déjame llorar; déjame que me entregue á la emociion de este feliz momento. Olvido todo lo pasado por gozar del presente.

Al fin ambas amigas recobraron poco á poco

su tranquilidad, y Julieta renovó sus preguntas á Catalina.

—Habeis dejado á Brujas sin avisarme, mi buena Catalina: porqué? Hubiérais debido anunciarme anticipadamente vuestra llegada.

—Necesitábais de mí, hija mia, y he venido á vuestro socorro.

—No os comprendo, mi buena Catalina.

—Vuestra felicidad está amenazada, Julieta; vuestra felicidad sin la cual yo no puedo ser feliz.

—Mi felicidad?

—No trateis de engañarme, Julieta, habeis vuelto á ver á Eduardo.

La jóven palideció y se turbó.

—Lo sé todo, continuó Catalina. De vuelta de sus viajes al extranjero, el que no ha tenido bastante amor para casarse con Julieta sin nombre y sin rica dote, el que cruelmente habia despedazado el alma y destruido el reposo de una pobre niña, seducida por un amor falaz y cobarde, este mismo quiere ahora reanimar en el corazon de su víctima el amor que él habia estinguido. Sin respetar el título de madre que llevaba, se ha presentado día por día á sus miradas; y la ha perseguido constantemente, valiéndose de todos los medios de seducción que ofrece el mundo. Cuando vió que su víctima se habia retirado á la soledad de su casa, y como no pudiese penetrar en ella, fué á ostigarla con su tristeza hipócrita en presencia de sus hijos... Todos los días pasaba por delante de la reja de vuestro jardín; en vano volvais la cabeza, en vano llamábais á vuestros hijos para ocultar vuestras lágrimas en su seno; nada le ha enternecido, nada le ha sujetado, y ha tenido la audacia de escribiros.

Julieta tembló.

—Os ha escrito, Julieta?

—No, eso no es verdad, os han engañado, Catalina.

Catalina sacó debajo de su almohada la carta que le habia entregado Juana.

—Tomad, Julieta, continuó, tomad este billete que ha entregado á una jóven que vió salir de vuestra casa. Si, este billete que puede perderos para siempre, ha sido confiado sin la menor precaucion á una muchacha que salia de vuestra casa. Catalina tenia los ojos fijos en Julieta. Esta lloraba y leía la carta.

—Vamos, hija mia, ánimo, dijo Catalina cogiendo la mano de madama Orbesson, ánimo!

Julieta no pudo ya contener sus sollozos.

—Quiere morir, dijo, si no le concedo el perdón de lo pasado; si no vuelve á verme, aunque no sea mas que por un instante.

—Valor! valor! Julieta.

—Ay! exclamó esta, mi valor está ya agotado. Yo le he amado siempre, Catalina, ni su infame conducta, ni mi corazon despedazado para siempre, ni seis años de ausencia han sido parte para que le olvide. Esperaba que mi casamiento con un hombre que estimo y venero, esperaba que los santos deberes de la maternidad me lo harian olvidar, pero

al verle se ha despertado mi loca pasion mas insensata que nunca.

—Dios mio! compadecéos de esta pobre criatura! dijo Catalina juntando las manos para orar; compadecéos de ella!

—La lucha ha sido demasiado larga: no tengo ya fuerzas para continuarla! la fatalidad y la pasion me arrastran.

—Hija mia, tened valor, no desesperéis asi de vos misma.

—Leed esta carta y vereis que es demasiado tarde, exclamó Julieta.

Catalina se quedó pálida como una difunta.

—Segun eso, dijo, todo está perdido! ni los sacrificios de toda mi vida, ni mi ternura maternal han podido hacer nada por su honor... Y despues de todo estoy convencida de que no la ama! Por orgullo solamente y no por amor quiere perderla... No, él no la ama! Escuchadme, Julieta, es preciso que no volvais á ver á ese hombre; es menester dejar á París, es menester sofocar ese fatal amor que no os proporciona mas que el deshonor y la desgracia.

—Jamás, jamás, no tengo fuerza.

—Insensata! morirás como tu madre, sola, abandonada, cubierta de desprecio y llena de desesperacion.

—Mi madre! que decís, Catalina!

—Escúchame, pues, desgraciada, ya que me obligas á decírtelo todo, escúchame. Habia en Holanda una pobre viuda que vivia á espensas de su trabajo y de los pocos bienes que le habia dejado su marido al morir. No existia mas que por y para una hija única á la cual, en su ternura insensata, habia dado una educacion imprudente. Así es que esta hija, casada con un hombre honrado, no tardó en ceder á una pasion loca como la tuya, Julieta, abandonó á su madre y á su marido y siguió á un seductor. Dos años despues, oyó la madre una noche llamar á su puerta; era su hija moribunda y que antes de espirar no tuvo tiempo mas que para depositar en los brazos de la pobre muger una criatura, de algunas semanas de edad: esta criatura eras tú, Julieta, y tu madre era mi hija!

—Vos, vos! porque me habeis ocultado este secreto?

—Por que era un secreto de desgracia para tí, Julieta. Despues de haber sido enterrada mi hija única, dejé la Holanda y fui á establecerme en Brujas. Allí, nadie me conocia ni sabia mi triste historia; de consiguiente me fué fácil suponer que una francesa emigrada me habia dejado al morir á su hija con una suma bastante considerable para educarla, y establecerla en su día: como era público que yo habia dado largo tiempo asilo á una emigrada, nadie dudó de la verdad de mis palabras. Dios bendijo los esfuerzos que me inspiró para hacer fructificar la pequeña fortuna que habia realizado al dejar la Holanda, y cuando cumpliste diez y siete años poseía cien mil francos.

—Madre mia, cuanto habeis hecho por mí!

—Espera, añadió Catalina con una exaltación febril, espera, no es esto todo. Tu amabas á Eduardo: pertenecía á una familia avara, y por lo mismo dije á esta familia que entregaría á la hija de la emigrada todo el dinero que habia recibido de ella. Tu sabes como despues de haber aprobado mis proyectos, este hombre te abandonó por la esperanza de un partido mas brillante que se le ofrecia; tu fuiste despreciada, engañada, y te llevé lejos de Brujas, á Paris, donde logré consolarte un poco y determinarte, despues de dos años de lágrimas, á contraer un matrimonio que esperaba te restituyese la calma y la felicidad. Entonces, Julieta, entonces tu pobre abuela conoció que una muger del pueblo no hallaría bien su puesto en el salon de tu marido, de un consul.

—Os habeis engañado, madre mia, porque jamás Mr. de Orbesson concibió semejante pensamiento, y apreciaba vuestra bondad simple y desinteresada.

—Si, interrumpió Catalina: pero un dia qué me hallaba en su salon, me ocurrió decir no sé qué cosa que debió herir el amor propio de tu marido, porque el rubor cubrió sus mejillas. Yo tengo mis defectos, Julieta, y ya lo sé, en mi edad no es fácil que uno se corrija de ellos. Hija del pueblo, soy un tanto habladora y no está en mi voluntad sujetar mi lengua. Conocia ademas que mi presencia continua á tu lado no podía agradar mucho á tu marido, y tal vez él mismo estaba dispuesto á reconvenirme y ponerte en la triste alternativa, ó de pedir mi partida, ó de guardar en sí mismo un secreto motivo de descontento contra tí. Con menos puede introducirse en un matrimonio el germen de la discordia, y yo no podia, ni debia comprometer tu felicidad, que habia sido la obra de toda mi vida. No vacilé un momento; partí pretestando que asuntos importantes me llamaban á mi país natal. Ay! apenas estuve algunos meses, cuando se apoderó de mí una melancolia irresistible. Yo no podia vivir lejos de mi hija, lejos de aquella á quien habia consagrado mi vida entera, y volví á Paris.

—Pero no me habeis participado vuestro regreso, ni yo os he visto en ninguna parte.

—Es verdad, pero yo te veía á tí, Julieta, pasearte todos los dias con tus hijos por el jardin de tu casa. Oculta detras de un árbol acechaba tus pasos y mi corazon se ensanchaba al verte feliz y tranquila. Durante el invierno tenia menos probabilidades de verte y de consiguiente disfrutaba menos ratos de felicidad. Solo me quedaba el recurso de los domingos, cuando ibas á misa. Muchas veces, perdida entre la multitud, me has tocado al pasar con un pliegue de tu chal; cuando esto sucedia, me volvía loca de contenta. En los demas dias de la semana tenia buen cuidado de abandonar mi obrador en las horas en que suponía que saldrias....

—Vuestro obrador, madre mia, vuestro obrador, que significan estas palabras?

—Bah! bah! nada, contestó Catalina algo tur-

bada; nada, tu sabrás esto mas tarde, yo te lo explicaré. Ahora, hija mia, bástete saber los lazos que me unen á tí y los deseos que me animan de labrar tu felicidad. Prométeme renunciar á ese amor insensato; prométeme no destruir esta felicidad como lo hizo tu desgraciada madre. Ya ves, hija mia, estoy enferma; tal vez no me queden muchos dias de vida; no des á mi agonía el consuelo de verte entregada á merced de esa pasión insensata y que solo puede acarrear la ruina.... Tu lo olvidarás, no es verdad, hija mia, mi querida Julieta. Tu desterrarás de tu corazon un recuerdo fatal y lleno de desgracia. Yo te lo pido en nombre de tu madre.

Julieta lloraba en silencio y cubria de besos las manos de Catalina.

—Madre mia, dijo al fin, madre mia, soy muy culpable, ay! y no me merezco la ternura y el cariño que me prodigais con tanta abnegación. Esta mañana he escrito á Eduardo, y esta carta es su respuesta á la mia.

Catalina lanzó un grito de desesperación.

—Estás perdida! estás perdida! le dijo. Oh! Dios mio, nos habeis abandonado. Una carta en las manos de ese hombre, una carta de mi hija! Señor! qué he de hacer? Inspiradme.

Y pasó por su frente sus manos escuálidas, reflexionó algunos instantes y levantó la cabeza con una espresion de esperanza y de fuerza.

—Yo la salvaré, dijo, yo la salvaré! Julieta, hija mia, vuelve en tí; espero que no tardarás en participar de mi confianza y de mi alegría. Pero me prometes olvidarlo, no es verdad? Y borrar de tu corazon su memoria?

—Procuraré hacerlo, madre mia.

Catalina volvió á abrazar á Julieta.

—Ora por tu madre y piensa en las lágrimas que ha derramado y en el dolor que la ha llevado al sepulcro. Cuando te sientas demasiado débil para separar de tu espíritu la imagen de ese hombre, abraza á tus hijos.

Madama Orbesson se retiró y Catalina con el ardor de un general que va á dar una batalla, esperó la vuelta de su ayudante de campo. No tardó en presentarse Juana en la alcoba de la enferma.

—Ven acá, hija mia, otra vez tengo necesidad de tí: es necesario que vayas á casa de ese caballero que te ha entregado esa carta para madama de Orbesson.

—Yo, madrina!

—Le dirás que venga esta noche á las ocho.

—A vuestra casa?

—Y no dirás una palabra mas.

—Si vacila?

—No vacilará! Ea, ve á desempeñar tu comisión, y vuelve pronto para arreglar esta alcoba, dijo con una sonrisa febril, porque se trata de una cita.

IV.

Catalina no se equivocaba, Eduardo no sentia por

Julietta un amor verdadero. Al procurar anudar con ella relaciones que él mismo habia roto en otro tiempo sin compasion, habia obedecido á un sentimiento de vanidad, sin tener en cuenta los dolores, la desesperacion y los remordimientos que iba á arrojar en la existencia de la misma, á quien tanto amor mentia. Como otras veces, se habia propuesto representar el papel de enamorado y burlarse despues de las luchas y de los padecimientos de la victima. Para obtener el billete que Julieta le habia escrito, nada le habia detenido, ni amenaza de escándalo, ni tentativas desesperadas. Asustada con estas amenazas, turbada por el recuerdo de una ternura que tanto trabajo le habia costado sofocar, madama de Orbesson escribió á Eduardo para suplicarle que se compadeciera de ella y renunciase á verla.

—Es mia! exclamó el seductor al recibir este billete; y cuando vió entrar al siguiente dia en su casa á Juana, con la sonrisa en los lábios, se dijo á sí mismo: no hay duda, esa es la promesa de la entrevista que he pedido y conquistado.

Juana se divertia mucho con el papel que le habian confiado y el cual representaba á las mil maravillas; dando, pues, á su semblante picaresco la espresion mas misteriosa que pudo, miró á su alrededor antes de hablar, se aseguró que nadie podia verla, ni oirla, y dijo con voz baja y rápidamente modulada:

—Esta noche á las ocho en la calle Ferou, número 15; procurad que nadie os vea.

—Mma. de Orbesson te ha dado esta cita para mí?

—Vengo á deciros, lo que me han encargado que os diga, contestó Juana, dando una espresion equívoca á estas palabras.

El envaneido pisaverde sacó una moneda de oro, y quiso darla á Juana, pero esta la rechazó con la mano y desapareció.

—Ay! exclamó poniendo la mano sobre su corazon palpitante, cuando llegó al umbral de la alcoba de Catalina: ay! necesito volver á mi vida laboriosa y tranquila. En medio de todas estas intrigas, el corazon late con demasiada fuerza y la cabeza trabaja demasiado!

Al concluir estas palabras, abrió la puerta de Catalina y le anunció la próxima llegada del que esperaba. Al oír Catalina esta noticia sintió apoderarse de su corazon el miedo; necesitó recurrir á la oracion para no sucumbir al desaliento y al temor de una derrota. El tiempo que transcurrió hasta la llegada de Eduardo, le pareció un siglo, y sin embargo hubiera querido prolongarlo. De repente tembló é hizo señas á Juana que fuese á abrir, pues habia oído en la escalera el ruido de los pasos de un hombre que subia.

Eduardo pasó alegremente su brazo al rededor del talle de Juana y se disponia á abrazarla, cuando esta corrió y abrió la puerta de par en par. Al ver á la anciana enferma, Eduardo retrocedió lleno de desconfianza, porque habia reconocido á Catalina Michelin.

—Entrad, señor Eduardo, entrad, le dijo suspirando. Ay! añadió con espresion llena de amargura, sois muy fatal á mi hija adoptiva y me causais graves disgustos.

Como permaneciese de pie y perplejo,

—Acercáos, añadió; y sentaos aquí. Ya sabeis cuanto amo á Julieta; prefiero ser vuestra cómplice á verla entregarse locamente á todos los peligros de la situacion á que la habeis arrastrado. Por lo menos quiero salvar para ello las apariencias... Espero que Dios me perdonará!

Y se sentó al lado de la enferma.

—Escuchadme bien; Julieta me lo ha confiado todo, hasta la carta que os habia escrito. Yo he prometido á la pobre niña.—Que pasion le inspirais, señor!—He prometido á la pobre niña servir-la y encargarme de un mensaje suyo para vos, pero con una sola condicion ha accedido.

—Cuál?

—Que quemeis la carta que os ha escrito y teneis en vuestro poder.

Eduardo hizo un movimiento de desconfianza y miró á Catalina de hito en hito; pero esta no se desconcertó en lo mas mínimo y continuó:

(Se concluirá.)

RUINAS

DE LA ABADIA DE JUMIEGES.

La primera fundacion de la abadía de Jumieges en Francia remonta al año 640, y decimos la primera fundacion porque bien sabido es que la mayor parte de los edificios de la edad media quedaban á medio concluir, y si se verificaba no era siguiendo la construccion en la misma época, ni con los mismos operarios: se proveia en aquel tiempo de habitacion á los primeros miembros de una corporacion religiosa, si despues se aumentaba el número de los primeros, se aumentaban tambien á proporcion las habitaciones. Leemos en una crónica antigua, que San Filiberto, llevado de su amor á Dios y á la soledad, trocó el mundo de su tiempo, mundo un poco mas agitado que el de ahora, por una modesta ermita que construyó en esta casi isla del Sena, situada entre la antigua ciudad de Rhotomagus (Ruán) y las orillas del mar. Mas tarde fuéronse reuniendo otros cenobitas que hicieron indispensable el ensanchamiento de la habitacion, hasta que mas tarde con la llegada de mas prosélitos, adquirió la consideracion de un monasterio sometido á la regla de San Benito. Algunos años despues, fué el rey Dagoberto á visitar á los monges de Jumieges, quien edificado de la conducta de estos santos hombres, les adjudicó todo el terreno que comprendia la casi isla, con la condicion de que solo habian de construir en obsequio



Ruinas de la Abadía de Jumieges.

del Señor. A Dagoberto sucedió su hijo Clovis II, rey de Borgoña y de Nustria; la historia de la abadía de Jumieges está entrelazada con la de los primeros reyes de Francia. Por el orden cronológico ahora debemos hacer mérito de la interesante leyenda de los *Enervés*, reproducida por el escritor Rondard, y cuyos principales pasajes fueron esculpidos en las murallas de la abadía, como lo indican algunos restos de bajo relieve que se conservan aun. La relacion original, á lo menos la que como tal ha llegado á nuestras manos, es demasiado larga, y por lo tanto trataremos de extractarla en lo posible procurando al mismo tiempo que no pierda nada de su interés, y sin omitir tampoco ninguna de las circunstancias que pudiera hacerle decaer. «Determinó el rey Clovis II visitar la Tierra Santa, y como tenía que salir del reino, confió durante la ausencia, las riendas del gobierno de sus estados, á su esposa Batilde, canonizada mas tarde; pero siendo esta reina sajona, y por lo tanto extranjera, no agradó á la mayoría de la nacion franca y á la mayor parte de los grandes esta resolucion, pues hubieran querido mas bien encomendára la direccion de los negocios á sus dos hijos, sin embargo de atender á los consejos de su madre. Los dos jóvenes fueron escitados á la rebelion, y en efecto se rebelaron contra la determinacion de su padre, quien advertido á tiempo, regresó á sus estados y derrotó á los rebeldes y aprisionó á muchos *que condenó á diferentes géneros de muerte segun el grado de criminalidad que contra cada uno resultaba*. No quedaban ya mas sublevados que sentenciar que los dos principes; pero habiéndose declarado él mismo incompetente para el caso, el consejo de señores que habia convocado al efecto el rey, determinó este ponerlos á discreccion de su madre. Entonces, dice la crónica, poseida sin duda la reina Batilde de la inspiracion de Dios, que no podia dejar impune tan grave delito, y prefiriendo que sufriesen sus hijos un castigo corporal, á reservarlos á los suplicios eternos, por efecto de una inflexible severidad y por la satisfaccion de la justicia divina, les declaró inhábiles para suceder á la corona; y como la fuerza y potencia corporal que les habia incitado á rebelarse contra su padre, dimanaban de su escesiva sensibilidad nerviosa, les mandó á cada uno cortar ambos brazos, y en semejante estado de impotencia, los echó por el Sena abajo en una barquilla sin timon, y sin mas que víveres y un criado encargado de administrarles, lo que necesitasen, dejando lo demas á cargo de la providencia, bajo cuya proteccion descendió tantopor el rio, que llegó á las riberas normandas, y se detuvo en la orilla mas cercana del monasterio, llamado de los antiguos *Jumieges*, fundado por el rey Dagoberto, y de donde era primer abad San Filiberto. Avisado de la detencion de la barquilla, salió acompañado de sus religiosos, supo quienes eran los que en ella venían y la causa de tal acontecimiento, y admirando su buen estado de conservacion, los recibió solemne y bonda-

dosamente, é hizo que los condujeran al monasterio, donde con sus oraciones recobraron su salud y se instruyeron en la disciplina monástica.» Por efecto de estos acontecimientos la abadía de Jumieges ha tenido el honor de contar en su fundacion, como los primeros de sus monges, á los hijos de reyes. Ahora vamos á trasladar otra leyenda no menos interesante y que nos ofrece la concepcion de una idea aun mas exácta, de la piadosa credulidad de aquella primera Francia tan batalladora á la par que religiosa. Se cuenta que un santo, segundo abad de este monasterio, cuando ya estaba muy caduco, tuvo una revelacion de la proximidad del término de sus dias y temiendo que despues de su muerte naufragase la gracia divina en que sabia estaban un gran número de religiosos, pidió al Señor en sus oraciones proveyesse remedio al mal que sospechaba. No fueron vanas sus súplicas, pues que á la noche siguiente le apareció un ángel en la sala que le servia de dormitorio, y tocando con su mano á cuatrocientos monges, le aseguró que en el espacio de cuatro dias el cielo que los habia lanzado á la tierra los llamaria de nuevo á sí, y tambien que él, era el ángel encargado de la conservacion de aquella santa casa por cuya existencia incesantemente velaria. Lleno de gozo el santo abad, ordenó á los monges que se preparasen para tan próspero viage, y acudiendo á la iglesia aunque sanos y alegres todos, administráronles el sagrado viático del santo Sacramento, y se dirigieron en seguida á celebrar capítulo con el prelado, que los hizo sentar á cada uno de los elegidos entre dos de sus hermanos, para honrar su gloriosa defuncion. Estos venerables confesores acompañaban á sus hermanos en sus cánticos sagrados, mientras iban adquiriendo sus semblantes cierta angélica espresion; y conservando en sus sillas una actitud celestial, sin ninguna vacilacion ni muestra de dolor, pasaron de esta vida á la mejor, y en un mismo dia, ciento á la hora de tercia; á la hora de sesta otros tantos, á la de nona otra tanda, y la cuarta á la de visperas. Júzguese ahora á que grado de veneracion llegaría en Francia esta abadía, despues de acontecimiento tan notable.» Desde entonces los regalos de los reyes, que no eran mezquinos en este tiempo, en que las iglesias no tenían mas que decir que estaban necesitadas para ser creidas, bajo su palabra, y socorridas al punto, y los diezmos impuestos á los fieles, afluían de todas partes á este santo lugar, y la ermitilla de San Filiberto fué engrandeciéndose y ganando terreno hasta convertir á Jumieges en la mas principal abadía del reino.

Entre sus soberbias ruinas, se conservan aun los restos de tres iglesias construidas en diferentes épocas, y á medida que aumentaban las necesidades de la solitaria familia con su crecimiento. El grabado que encabeza este artículo representa la entrada de la iglesia llamada de San Pedro, la primera que fué construida en Jumieges y por lo tanto la mas antigua de las tres. Es menester con-

fesar que echando una mirada sobre estas murallas sin bóveda, sin punto de apoyo en su parte superior, y mas bien suspendidas en los aires por un hilo invisible que asentadas en el suelo, no se concibe fácilmente como se mantienen allí: no se concibe tampoco como el primer soplo de viento un poco fuerte venido de la mar, no ha arrebatado hace mucho tiempo estas débiles arcadas porbajo de las que el aldeano de Normandia, pasa con la misma tranquilidad que si fueran las puertas de su granja. Pero si se tocan con la mano los miembros de este cuerpo, no tarda en percibirse que es aparente su fragilidad, pues que estos antiguos monumentos se asemejan algun tanto á las encinas viejas, cuya vida no existe en sus apolilladas ramas, sino en sus respetables raíces. Nuestros piadosos abuelos elevaban á grandísima altura las torres de sus grandes catedrales, porque construian sólidamente sus bases, echándolas cimientos eternos como la tierra.

Sin embargo, no por esto debe pensarse que esta antigua iglesia, cuya vista remonta nuestra imaginación á los tiempos de los primeros piratas daneses, ha llegado á nuestros dias sin sufrir diversas reparaciones y sin haberse alterado hasta el estilo de su arquitectura. Descendiendo los piratas normandos por el Sena para llegar á París, desolaban lo que á su paso encontraban á sus dos orillas y era la abadía de Jumieges de muy fácil y saneada presa para que no excitara la codicia de estos paganos del norte.

Muchas veces sufrieron los horrores del saqueo, del incendio y de la destruccion mas completa, y fué menester reconstruir; siendo lo mas admirable de todo, la perseverancia de aquellos santos hombres, y su confianza en Dios, que los hacia permanecer en sus lugares apesar del abandono que en torno suyo reinaba, apesar de orar y edificar de nuevo, que sus suplicas al Eterno no alcanzaban que protegiese mas sus bellas construcciones, que los hogares humildes del último pechero galo.

Facilmente se concibe, que en las nuevas construcciones habian de emplearse materiales nuevos; pero como en corto tiempo sufrió diversas devastaciones, la piedra que en aquellos sitios no se encuentra en abundancia, acabó por faltar del todo. Entonces, qué hicieron los perseverantes cenobitas? Recurso admirable! reemplazaron la piedra con espesas capas de huesos humanos, que desenterraron del cementerio de la comunidad, y hoy día aun, descarnados algunos trechos del entablamento y de las bóvedas, por el tiempo y las revoluciones, deja ver estos curiosos despojos fúnebres á los ojos del viagero y del artista. Los cenobitas no creian profanar las sepulturas de sus antiguos hermanos, sustituyendo con sus huesos la piedra de los cimientos. Quizás estaban poseídos de la idea á la par ingeniosa y triste, de emplear en la casa de Dios y de los vivos, este polvo de los muertos que debe reunirse y reanimarse un día con el soplo del Eterno. Cada destruccion que es-

perimentaba la abadía, la hacia renacer con mas elegancia y solidez, porque reconstruida alguna vez casi en su totalidad, afirmaba sus cimientos, se rejuvenecía, y esto es lo que esplica la admirable y larguísima existencia de sus magníficas ruinas, no obstante la antigüedad de su primitiva construcción. También con estas incesantes reparaciones, se modificaba su arquitectura progresivamente, lo que tambien hasta cierto punto nos esplica la gracia é infinita perfección de todos los mutilados detalles que admiramos hoy, y que honran sin duda alguna una época evidentemente posterior á la primera infancia del arte gótico.

REVISTA DE LA SEMANA.

Por fin el lunes se puso en escena casi repentinamente en el teatro de la Cruz la ópera *Lucrecia Borgia* con que ha inaugurado sus representaciones la compañía lírica del espresado teatro. Todos los periódicos han hablado de este acontecimiento filarmónico y los pareceres andan bien discordes; nosotros que no acostumbramos mas que á dar cuenta de los resultados sin analizar nunca, porque esto no hace á nuestro propósito, diremos, que la primera noche no fueron los aplausos ni tan generales ni tan entusiastas como algunos han supuesto; el tenor Moriani gustó porque es muy bueno y la señora Tossi no desagradó, si bien su mérito no es tan sobresaliente como se nos habia hecho creer, y esto quizás le perjudicó algun tanto porque el público es muy exigente. En los accesorios hubo faltas de bulto, no todas de fácil remedio; pero debemos decir á fuer de imparciales y ajenos á toda influencia, que la segunda representación salió mucho mejor y los aplausos fueron mas generales. Si la compañía de la Cruz hubiese venido á Madrid para cantar sola, sin duda alguna hubiera arrebatado; pero teniendo que sostener la rivalidad con el Circo donde hay muy buenos artistas y donde se presentan los espectáculos de un modo tan grandioso, no logrará mas que lo que ha logrado.

—En el Circo se va á poner en escena muy pronto la ópera del maestro Verdi, titulada los Lombardos, y dicen que los trages han costado cincuenta mil reales, tambien se prepara el Diabolo enamorado (baile) á beneficio de la Guy Stephan.

—El apreciable actor don Julian Romea se ha encargado de la dirección del teatro del Principe para la próxima temporada y tiene ajustada ya la compañía, que segun todas las noticias debe ser brillante.

ESTARLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo núm. 41.